

CAPÍTULO I

La Antropología

I. DEFINICIÓN, POSTULADOS Y PROBLEMÁTICA DE LA ANTROPOLOGÍA

Las observaciones de los fenómenos naturales se suelen integrar en sistemas racionales de ideas destinados a comprenderlos y preverlos. Tales sistemas pueden ser míticos o científicos. Las diferencias entre las explicaciones mitológicas y las científicas se basan, sobre todo, en que estas están sometidas a reglas y en que sus previsiones concuerdan con los datos experimentales. En el pensamiento mitológico se admite *a priori* la idea explicatoria por creencia, y mediante el pensamiento deductivo se elabora la interpretación del fenómeno; es un sistema metafísico. En la Ciencia, por el contrario, el pensamiento es inductivo. Lo que determina la adopción del mito o de la ciencia no es el fenómeno por sí mismo, sino la actitud mental del observador. La Cosmología dejó de ser mitología con Kepler y la Antropología con Darwin.

Como en toda ciencia biológica, se presenta en la Antropología la dialéctica del planteamiento de problemas y la obtención de respuestas. Su meta es el conocimiento biológico de los grupos humanos, de su evolución y de su variabilidad actual. Este anhelo por conocerse a sí mismo es la característica primordial de la naturaleza humana y el hombre no la comparte con ningún otro organismo. Lo peculiar de la Antropología como rama de la Zoología es que el animal objeto de estudio y el observador pertenecen ambos a la misma especie. Ello acarrea un antropocentrismo inevitable que priva a muchas investigaciones antropológicas de la necesaria objetividad. Además, a diferencia de las restantes especialidades zoológicas, en la Antropología se estudia una sola especie y no un grupo más o menos numeroso de ellas.

Existen dificultades de variada índole para encontrar una definición de la Antropología que sea académicamente formal y unánimemente satisfactoria. Por un lado, si se entiende por definir el formular una proposición que explique los caracteres esenciales del objeto de estudio, la dificultad estribaría en que no sabemos aún con claridad cuáles son los rasgos definitorios del hombre. En el límite extremo de la simplificación, podría decirse que las dos características humanas que sintetizan su doble naturaleza biológica y cultu-

ral serían su bipedalismo y su capacidad creadora de símbolos. Si, por otra parte, se considera como definición la determinación neta de los límites de una ciencia, resulta que los de la Antropología se confunden con los de varias disciplinas biológicas y culturales, de las que constituye una verdadera encrucijada. En efecto, el hombre es, desde el punto de vista de la ciencia positiva, el *objeto real* de estudio de la Antropología *sensu lato*, pero *sensu stricto* constituye el *objeto formal* de análisis de disciplinas muy diversas; así, para la Medicina es un ser al que pueden afectar distintas enfermedades; para la ciencia jurídica, una entidad con derechos y obligaciones; para la Filosofía, una persona; para la Biología, un animal más, etc.

Una definición posible sería la etimológica; la Antropología es "la ciencia del hombre" (ἄνθρωπος, λόγος), pero, según tal definición, quedarían abarcadas por esta ciencia numerosas actividades humanas tanto biológicas como extrabiológicas. Es una definición demasiado amplia y genérica. En el campo estrictamente biológico, uno de sus fundadores, Paul Broca, la concibió como "L'Histoire naturelle du genre Homo". Más concretamente, para Rudolf Martin (1957) se definiría como "Die Naturgeschichte der Hominiden in ihrer zeitlichen und räumlichen Ausdehnung", pero se omite la presencia de una tercera dimensión propia de los grupos humanos que es la cultura. Al incluir este factor, la Antropología se convierte en una *Völkerbiologie*, como la entiende Schwidetzky (1950). Para Hulse (1969), la Antropología consiste en la investigación de la naturaleza humana desde los puntos de vista biológico, evolutivo y ecológico, considerando al hombre como un organismo biosocial. Según Sunderland (1973), comprendería el estudio del origen y evolución del hombre y el de sus características morfológicas, genéticas y socioculturales. Nosotros consideraremos a la Antropología como el estudio del origen, naturaleza y evolución de la variabilidad biológica de los grupos humanos en su doble dimensión histórica y espacial, a los diferentes niveles que permite el análisis biológico y teniendo en cuenta la interacción que los factores genéticos, ambientales y biosociales ejercen tanto sobre el común de los individuos de nuestra especie como sobre los diferentes grupos raciales y poblaciones de *Homo sapiens*. Con criterio unificador y operativo, la Antropología ha de considerarse como un conjunto de disciplinas biológicas que estudian al hombre de forma sintética como una especie animal integrando ciencias muy diversas y empleando técnicas muy diferentes (J. Hum. Evol., 1975).

Más claro que la definición de Antropología está el concepto moderno de lo que *no* es Antropología. Antiguamente se pudo confundir esta ciencia con la Anatomía humana y con la Antropometría. La distinción con la primera consiste, sobre todo, en que a la Antropología no le interesa el individuo tipo, sino precisamente la variabilidad anatómica interindividual. Tampoco ha de confundirse con uno de sus aspectos técnicos, el métrico, puesto que el error sería idéntico a asimilar hibridación con Genética, o la técnica micrográfica con la Histología, por ejemplo.

En Antropología se pueden reconocer como fundamentales los siguientes postulados. El primero sería reconocer que el interés último de esta ciencia consiste en que es una filosofía de nuestra propia especie desde perspectiva biológica. El segundo sería el de la aplicabilidad al hombre de las leyes biológi-

cas generales; si bien en Biología no es correcto hablar de leyes sino de reglas, generalizaciones descriptivas o principios generales, puesto que "leyes" sólo existen para el mundo físico, el hecho es que el hombre no constituye ninguna excepción a tales supuestas leyes. En tercer lugar, el reconocimiento de que los procesos evolutivos tienen en el hombre, como en cualquier otro animal, un carácter cuantitativo, continuo, tanto en el proceso de hominización (aparición del género *Homo*) como en el de humanización (aparición de la especie *Homo sapiens*). En cuarto lugar, se admite que el hombre es el único animal que ha concienciado su evolución y empieza a comprender la necesidad de tomar en sus manos las riendas de sus procesos evolutivos futuros. Un quinto postulado sería que las regulaciones éticas de la cultura humana impiden la existencia de un método experimental exclusivo de la Antropología (Barber, 1976), pero esta dificultad se ha obviado basándose en otras ciencias biológicas experimentales, utilizando su terminología y extrapolando al hombre sus resultados. El empleo de las técnicas de simulación en ordenador y los experimentos en Primates no humanos suplen asimismo dicha dificultad. Otro postulado se refiere al papel activo del antropólogo ante la sociedad; esta culpa unas veces al antropólogo de ser instrumento del neocolonialismo y otras de mantener una postura antirracista intransigente; de apoyar los derechos de los pueblos "salvajes" en ocasiones y en otras de no denunciar debidamente los etnocidios; de derribar ciertas creencias deshaciendo tabúes pero justificar prácticas como el infanticidio; etc. Las responsabilidades de los antropólogos ante la sociedad pueden ser cruciales (Hulse, 1969). Por fin, hay que reconocer que, dada la pluralidad de sus ciencias auxiliares, la Antropología adolece de unidad formal y es por ello una ciencia de síntesis en su problemática aunque sea analítica en su metodología (Buettner-Janusch, 1966).

Stein y Rowe (1974) han añadido dos principios generales más como fundamentales para el estudio antropológico. El principio del *holismo* es aquel según el cual el antropólogo ha de esforzarse por comprender la naturaleza humana en su totalidad. Los aspectos biológico, cultural y ambiental del hombre son inseparables; analizarlos independientemente es simplista salvo por imperativos de investigación o docentes o excepto en un sentido altamente analítico y abstracto. El principio del *relativismo* manifiesta que los distintos elementos de un sistema pueden combinarse de formas muy distintas y por ello el sistema ha de considerarse en términos relativos. No existen en Antropología caracteres raciales "buenos" o "malos". Un claro ejemplo se discutirá al tratar de la antropología de las hemoglobinas. Otro puede ser la obesidad: la acumulación de grasa afecta al funcionamiento normal del sistema cardiovascular y disminuye la longevidad, por lo que se considera perjudicial y se combate en las sociedades libres del peligro de hambre, mientras que la obesidad se aprecia, incluso estéticamente, como reserva de panículo adiposo en aquellas otras sociedades sometidas a alternativas de abundancia y de escasez de alimentos. Un ejemplo más sería el aludido infanticidio; rechazado por ciertas sociedades, el infanticidio selectivo tal y como lo practican los esquimales es un mecanismo indispensable de supervivencia en la limitación del tamaño del grupo y en el mantenimiento de la proporción adecuada de proveedores y consumidores de su economía cazadora-recolectora (Chapman, 1980; Fry, 1981).

La estructura del *medio ambiente humano* es con certeza la más amplia y compleja del mundo vivo. Basta, para darse cuenta de ello, considerar la magnitud de las diferencias del entorno ambiental a que ha estado sujeto el hombre a partir de la revolución neolítica (Boyden, 1972): una dieta más rica en hidratos de carbono, en sal y en grasas animales pero más pobre en celulosa; inclusión en la alimentación de aromatizantes, conservadores, colorantes, emulsionadores y pesticidas; sustitución, durante gran parte de la lactancia normal, de leche materna por la de vaca; sometimiento a la contaminación atmosférica y de las aguas marinas y continentales y a un incremento de la radiación ionizante y a niveles peligrosos de ruido; disminución del ejercicio físico; desaparición de las épocas de hambre y de la malnutrición crónica; aumento suicida de la densidad de población y del número de personas conocidas pero con las que no se entablan relaciones sociales; incremento en la movilidad espacial; paso de una estructura biosocial adaptada a bandas de unas 50 personas, a un medio urbano inadecuado a la naturaleza humana y que hace pensar que tanto la urbanización como la industrialización han invertido el sentido de la selección natural desfavoreciendo los factores hereditarios que determinan alta inteligencia, etc.

En Antropología se entiende por *proceso* la interacción de los elementos de un sistema cultural o biosocial (Stein y Rowe, 1974). Cuando uno de tales elementos altera su forma, su estructura o su función, pueden también quedar alteradas las de los restantes. Es lo que se ha denominado, por analogía, el efecto *pickup stick*. Con las denominadas ramas de la Antropología sucede algo comparable: el tipo de cruzamientos en una población (Antropología social) y su frecuencia (Demografía) pueden estar determinados por ciertas costumbres (Antropología cultural) y repercutir en la constitución genética (Antropología biológica) de esa población.

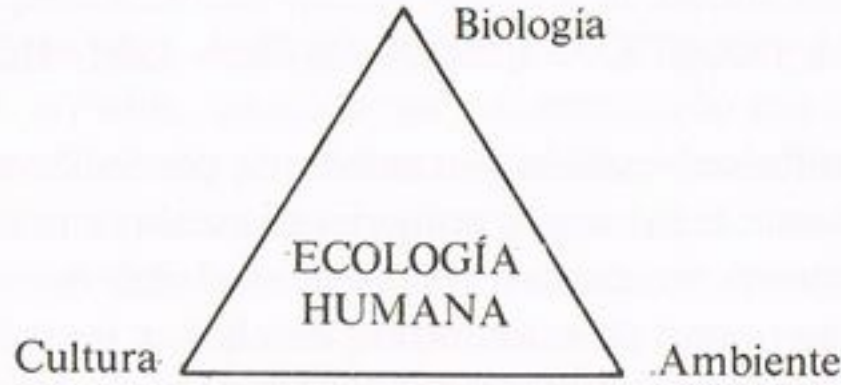
II. LOS CAMPOS DE ESTUDIO DE LA ANTROPOLOGÍA

El nivel, las dimensiones y los factores de la variabilidad de los grupos humanos que constituyen los campos de estudio de la Antropología se presentan de forma esquemática en el siguiente diagrama (tabla 1.1). Para Stein y Rowe (1974), los citados factores constituirían los vértices de un triángulo que representaría a la Ecología humana.

Aparte de los citados campos de estudio, la Antropología reconoce un sinnúmero de ciencias auxiliares, como la Biometría, la Prehistoria, la Antropogenética, la Bioquímica, etc.

Clásicamente se reconocían una Antropología y una Etnología como ciencias dedicadas, respectivamente, al estudio de los factores biológicos y culturales de los grupos humanos, pero hoy se tiende a denominar a la segunda Antropología cultural, estrechamente relacionada con la primera, pues, como se dejó indicado, los grupos humanos presentan una doble naturaleza, indisociable, biológica y sociocultural. Precisamente quizá el aspecto más singular del hombre sea que posee un mecanismo adaptativo, la *cultura*, que le convierte en el único animal capaz de crear, modificar y trans-

TABLA 1.1. Variabilidad biológica humana y campos de estudio de la Antropología



La variabilidad de los grupos humanos se puede estudiar en función de

Dimensión	<ul style="list-style-type: none"> { Espacial { Temporal 	<ul style="list-style-type: none"> { Actual { Pasado { Futuro 	<ul style="list-style-type: none"> RACIOLOGÍA PALEOANTROPOLOGÍA EUGENESIA
Factores		<ul style="list-style-type: none"> { Biológicos { Culturales { Ambientales 	<ul style="list-style-type: none"> ECOLOGÍA HUMANA
Niveles		<ul style="list-style-type: none"> { Molecular { Cromosómico { Orgánico { Funcional { Población { Taxonómico 	<ul style="list-style-type: none"> ANTROPOLOGÍA MOLECULAR CITOGENÉTICA HUMANA ANTROPOLOGÍA MORFOLÓGICA ANTROPOLOGÍA FISIOLÓGICA DEMOGRAFÍA PRIMATOLOGÍA

mitir ambientes distintos al natural. La cultura hace comportarse al hombre de forma radicalmente diferente a los otros animales ante estímulos ambientales similares. Se ha dicho que una buena definición del hombre sería la de "un animal que come sin estar hambriento, bebe sin tener sed y hace el amor durante todas las estaciones del año". El hombre como ser vivo es totalmente incomprensible sin un estudio simultáneo de los aspectos biológico, ambiental y sociocultural de su existencia (May, 1977).

Tampoco resulta fácil definir la *cultura*. Sería (Holloway, 1969) el conjunto de los aspectos del comportamiento que se aprenden y transmiten generacionalmente mediante sistemas simbólicos arbitrarios que permiten las descripciones de objetos, conceptos y sentimientos comunicables de forma inteligible a otros seres humanos. Los rasgos fundamentales que presenta una cultura de manera permanente son estos: la cultura no es hereditaria ni congénita sino adquirida; es sistemática, no aleatoria, puesto que obedece a modelos específicos de comportamiento que se denominan normas; es transmisible por enseñanza (imitación y aprendizaje); es una adaptación extrasomática a medios ambientes específicos, y precisamente el ser extrasomática la diferencia de las "culturas" animales; cada cultura puede constituir un medio ambiente particular; puesto que los primeros balbuceos culturales

aparecieron mucho antes de *Homo sapiens*, puede decirse que la cultura es antropógena.

III. LA POSICIÓN TAXONÓMICA DEL HOMBRE

Los sucesos evolutivos más importantes que precedieron a la aparición de *Homo sapiens* tuvieron lugar según la siguiente escala temporal absoluta expresada, aproximadamente, en crones, o sea, en unidades fundamentales de tiempo evolutivo (un cron equivale a un millón de años, y un milicrón, a mil años). En la tabla 1.2 se indica el lugar que ocupa nuestra especie en la clasificación animal.

TABLA 1.2. La posición taxonómica de la especie humana

	Taxón	Aparición aproximada (en crones)
Reino	ANIMALIA	800
Grado	METAZOA	
Phylum	CHORDATA	
Subphylum	VERTEBRATA	500
Superclase	TETRAPODA	350
Clase	MAMMALIA	200
Subclase	THERIA	
Infraclase	EUTHERIA	75
Orden	PRIMATES	70
Suborden	HAPLORHINI	
Superfamilia	HOMINOIDEA	35
Familia	HOMINIDAE	15
Género	HOMO	3
Especie	HOMO SAPIENS	0,15

Algunos de estos términos merecen un pequeño comentario aclaratorio.

Los *Mamíferos* se pueden definir como Tetrápodos homeotermos y heterodontos con un solo hueso en la mandíbula inferior, ptialina en la saliva, diafragma y paladar óseo que separa las cavidades nasal y oral, pero sus rasgos más conspicuos son la posesión de pelos y de glándulas mamarias secretoras de leche. Desde luego, su corazón tiene cuatro cavidades que permiten una separación eficaz entre la sangre oxigenada y la desoxigenada. Poseen tres huesitos en el oído medio.

La subclase *Theria* comprende los Marsupialia y los Placentados o *Eutheria*; estos, que carecen de marsupia, dan a luz crías nacidas tras una prolongada gestación uterina y poseen una placenta funcional durante toda la gestación; además, el hueso alisfenoides no participa en la formación de la pared orbitaria ni el yugal en la de la cavidad glenoidea, carecen de huesos epipúbicos, las aberturas anal y urogenital presentan esfínteres separados, y los hemisferios cerebrales quedan unidos por un cuerpo calloso.

CAPÍTULO II

Bosquejo histórico de la Antropología

Por analogía con los grupos humanos que estudia, podría decirse de la Antropología que esta ciencia presenta una distribución espacial y ha recorrido una dimensión temporal. La primera vendría representada por los departamentos universitarios, los museos, los laboratorios y, en general, por las instituciones de investigación y de enseñanza que se ocupan de la especie humana en sus distintos aspectos biológicos y que se hallan en la actualidad repartidos por todos los países cultos. La segunda sería su desarrollo a lo largo del tiempo en el contexto de las ciencias biológicas.

Resulta imposible condensar en unas cuantas páginas las figuras destacadas, las fechas memorables, los descubrimientos cruciales de nuestra ciencia. Algunos autores se han encargado de ello, sea de forma monográfica (Haddon, 1934; Penniman, 1935; Mühlmann, 1948), sea al comienzo de sus tratados (Biasutti, 1959; Comas, 1976; Von Eickstedt, 1937). Se puede polemizar mucho acerca de los momentos, nombres y aportaciones de la Antropología porque todavía quedan numerosos puntos de su historiografía por investigar.

I. PRIMEROS DATOS

La Antropología no aparece configurada ni como ciencia independiente ni como cuerpo formal de doctrina hasta mediados del pasado siglo, pero en épocas anteriores al XIX se encuentran antecedentes históricos, cada vez más numerosos a medida que transcurre el tiempo, que demuestran el progresivo interés de los científicos, procedentes de campos de estudio muy diversos, por conocer los aspectos biológicos de los grupos humanos.

Quizá los documentos históricos más remotos atribuibles a la Antropología sean de tipo artístico, como los bajorrelieves mesopotámicos en que los grupos raciales del Cercano Oriente se representan poniendo un énfasis especial en aquellos caracteres somáticos externos, como la pigmentación de la piel o la forma del cabello, que por ser fácilmente apreciables discriminaban mejor a los ojos del artista dichos tipos raciales. Lo mismo podría decirse de

los viejos grabados japoneses que representan fidedignamente los rasgos típicos de los ainu. Como ya en 1907 hizo notar Hamy, las pinturas de las tumbas reales de los faraones de las dinastías XVIII a XXI abundan no sólo en representaciones antropomorfas de babuinos erguidos, sino también en personajes claramente identificables como egipcios, negros, blancos y "orientales", todos ellos coexistentes en el mismo Estado. Es posible que tal mosaico racial planteara problemas discriminativos que se regulan jurídicamente en las medidas racistas del faraón Sesostris III, que impedían la penetración en el Imperio de los negros a partir de la segunda catarata del Nilo, o en las antirracistas de Amenofis IV, tendentes a la unificación racial de su pueblo. Los problemas raciales basados en discriminaciones por rasgos somáticos tendrían, pues, precedentes muy remotos.

Las observaciones biológicas en los grupos humanos protohistóricos resultan en gran parte asombrosamente perspicaces. Por ejemplo, en la Biblia se encuentran descripciones de caracteres hereditarios y de los procesos de su transmisión cuya claridad hizo seguramente que se implantaran reglamentaciones y prohibiciones de los cruzamientos entre personas portadoras de tales caracteres. Así, los matrimonios consanguíneos se clasifican en 17 tipos citados en el Levítico (18: 6-18) y 26 añadidos en el Talmud, y muchos de ellos se comentan ampliamente en el Génesis (38: 8), en el Deuteronomio (25: 5-10) y en el libro de Ruth (4: 8). Nada menos que 43 categorías de cruzamientos entre parientes quedan prohibidos por la ley judía. Además, las costumbres del pueblo judío recomendaban no circuncidar a los niños cuyos hermanos o tíos maternos sufrían de lo que hoy denominamos hemofilia, aunque quedaban exentos si la enfermedad se presentaba en otros parientes. Tales precisiones son realmente asombrosas, pues demuestran el conocimiento empírico de la transmisión de caracteres hereditarios ligados al cromosoma X. No se trata, por supuesto, de un conocimiento científico ni de análisis antropológico, en el sentido moderno de tales términos, pero los ejemplos citados son prueba palpable del interés por la variabilidad biológica de los grupos humanos en pueblos muy antiguos y, en ciertos casos, de una perspicacia singular en la interpretación de esa variabilidad.

II. LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Durante el famoso siglo V a. de J. C., en Grecia se encuentran estudios que, en primera aproximación, se podrían incluir en lo que hoy denominamos Antropología biológica. Antes, hacia el año 500 a. de J. C., el almirante cartaginés Hannon había recorrido las costas africanas occidentales y recogido observaciones sobre los negros, habitantes del Senegal, a los que niega carácter humano, y sobre los gorilas, a los que, por el contrario, supone auténticos hombres.

Como él, numerosos viajeros y geógrafos acumularon datos sobre la variabilidad biológica de los grupos humanos que hallaban en sus recorridos, que mezclaban con descripciones y observaciones de valor muy diferente. Por ejemplo, Heródoto de Halicarnaso, el "padre de la Historia", des-

cribió las distintas formas de la cabeza que él atribuye a influencias mesológicas o deliberadas, como las deformaciones intencionadas practicadas durante la niñez. Acuñó el término *ethnos*, con el que designa a los distintos grupos de hombres diferenciables tanto por sus caracteres somáticos como por su lengua y costumbres. Otros viajeros que suelen mencionarse a este respecto son Ctesias, a quien debemos la primera descripción de los negritos del continente indio, y Scylax, que describe a los iberos y ligures que conoció durante sus viajes. Nos interesa en particular Estrabón por las reseñas que nos ha dejado en su *Geografía* sobre los primeros habitantes históricos de la península ibérica, si bien la mayoría de sus descripciones son de índole etnológica; nos habla de los iberos, de los celtas, lusitanos, carpetanos, oretanos, bástulos, turdetanos, etc.

Junto con los geógrafos, los médicos aportan datos de desigual interés antropológico. Hipócrates de Cos, el "padre de la Medicina", es partidario de la influencia ambiental en la determinación de los caracteres somáticos que diferencian a los grupos humanos. Observa cómo los habitantes de las regiones montañosas son diferentes de los que pueblan las llanuras, los costeros, de los del interior, y atribuye tales diferencias a las distintas condiciones climáticas. En realidad, lo que describe Hipócrates son los tipos locales ("Gautypus" de la escuela de Von Eickstedt). Algunos autores lo consideran fundador de la Biotipología por sus descripciones de los "tipos humorales", que correspondían a la distinta participación en cada persona de los cuatro "humores" fundamentales, y otros, como un precursor de la Genética humana, ya que comenta la herencia tanto de caracteres relativamente sencillos, así la pigmentación ocular, como de determinación poligénica, por ejemplo la forma de la cabeza.

Aristóteles de Estagira, a quien Von Eickstedt considera "der grösste Gelehrte aller Zeiten", suele incluirse por la mayoría de los autores entre los antropólogos clásicos debido a las referencias que hace a la Biología humana en sus numerosos tratados. El "padre de la Zoología" considera acertadamente al hombre como un animal más, cuya singularidad, que tanto va a enfatizarse en siglos posteriores con un evidente antropocentrismo, no es distinta a la "singularidad" de cualquier otra especie zoológica en el plano estrictamente animal. Esta es, a nuestro juicio, la gran contribución que hace Aristóteles a nuestra ciencia, más que ciertas observaciones de tipo anatómico sobre la herencia, el crecimiento, el cabello, el cráneo y sus suturas. Tres puntos más deben recordarse como contribución de Aristóteles a la Antropología. Uno es la introducción del término *antropólogo* en su *Ética a Nicómaco* para designar a los hombres que gustan de conocer a sus semejantes y sus costumbres. El segundo, las comparaciones acertadas que establece entre el hombre y los Primates no humanos. Por fin, el análisis que hace de proporciones de las extremidades y del grado de cerebralización, así como el interés que demuestra en señalar el bipedalismo como rasgo definitorio de nuestra especie. Se desprende de la lectura de sus párrafos sobre estos dos últimos puntos, que Aristóteles había intuido lo que hoy llamaríamos una relación filogenética estrecha entre el hombre y los restantes Primates y por ello algunos lo consideran como el primer zoólogo evolucionista.

La preocupación de los griegos por la Antropología en su sentido más amplio ("Conócete a ti mismo", reza la inscripción del templo de Delfos) se expresa particularmente en las escuelas presocráticas. Para Protágoras, el hombre es la medida de todas las cosas, y la extrapolación de esta idea al plano biológico es aún válida en gran parte para la Antropología de nuestros días.

Roma prefiere las posibles aplicaciones prácticas de las ciencias biológicas a las especulaciones sobre el hombre, aunque Lucrecio habla en su *De rerum Naturae* de un hombre prehistórico en una hipotética edad de la madera que precedió al de la edad de la piedra que nos ha dejado instrumentos líticos. Algunos naturalistas, como Plinio, y anatomistas, como Galeno, contribuyeron tangencialmente al conocimiento biológico del hombre.

La Antropología no nace con la Antigüedad clásica, pero comienza en ella su gestación. Solo una pequeña fracción de los datos acumulados por los geógrafos, naturalistas, filósofos, médicos, etc., de esta época son aprovechables, pero indican que se empieza a bosquejar la noción de grupos humanos diferenciables por rasgos somáticos externos, de evolución y de comparación con Primates no humanos, esto es, los cimientos del estudio de la variabilidad biológica de nuestra especie.

III. EDAD MEDIA Y RENACIMIENTO

Prácticamente no nos deja la Edad Media información antropológica directa sobre la biología de los grupos humanos. Indirectamente, como factores de desarrollo para las ciencias del hombre, se pueden citar la creación de las primeras universidades europeas en el siglo XIII y la reanudación de la disección de cadáveres humanos en la Universidad de Bolonia en el siglo siguiente.

La curiosidad científica por los aspectos biológicos de nuestra especie se vuelve a despertar en el Renacimiento por dos motivos importantes. Uno de ellos es el descubrimiento de grupos humanos ignorados hasta entonces por la ciencia europea y que pueblan las regiones reveladas por los viajes de exploración. Los amerindios, los melanesios y polinesios y, más tarde, los australianos, los khoisánidos y los ainu plantean el problema de una diversidad biológica muchísimo mayor de lo que se pensaba en épocas anteriores.

El otro es el desarrollo de la inquietud artística que busca en la plástica un conocimiento más exacto de las formas y proporciones del cuerpo humano en todas sus variantes. Este es el motivo por el que Leonardo y Durero toman numerosas medidas, básicas para la Anatomía artística pero también iniciadoras de las descripciones métricas de las variantes humanas. Puede decirse sin exageración que Durero inicia la Cefalometría, que verá iniciado su instrumental por la fabricación del primer antropómetro, debido a Elsholtz.

El siglo XVI se inicia con la publicación en Leipzig (1501) de la obra de Magnus Hundt *Anthropologium de hominis dignitate, natura et proprietatibus*, la primera que puede denominarse de Antropología y de la que, al

parecer, existe un ejemplar en la Biblioteca del Monasterio de El Escorial.

Más que la aportación de médicos tales como Vesalio, Paracelso, etcétera, que fue sobre todo de tipo anatómico más que estrictamente antropológico, nos interesa recordar la contribución de ciertos craneómetros, como Van der Spieghel, que emprendieron el estudio de la variabilidad métrica del cráneo considerándolo como un cuerpo geométrico irregular definible por determinadas líneas reales o virtuales y cuyas dimensiones diferentes daban por resultado cabezas largas o cortas, altas o bajas, anchas o estrechas y sus diversas combinaciones. Fue un paso decisivo en la objetivación de la Craneometría científica.

IV. EL SIGLO XVII

Confesemos que la introducción del microscopio en las ciencias biológicas —una aportación instrumental decisiva del siglo XVII— no repercutió para nada en la investigación antropológica hasta entrado el XIX. La Antropología queda, pues, durante dos siglos larga y privada de la técnica micrográfica porque sigue limitándose a estudiar la variabilidad humana a nivel morfológico externo. Las consecuencias son funestas, como ahora reconocemos, aunque se puede alegar, en descargo, que el organismo humano no se presta a tales estudios como el de cualquier otra especie. En cambio, las academias que se fundan en este siglo (Royal Society en 1662, Académie des Sciences en 1668, Kaiserliche Akademie poco después) acogen y canalizan la inquietud antropológica de los científicos de la época.

Pero quizá la mayor repercusión es la determinada por la introducción del método científico gracias a dos grandes contemporáneos, Bacon (1561-1639) y Descartes (1596-1650). Las ciencias biológicas adeudan a estos dos hombres, sobre todo, el haber establecido el método riguroso de la investigación experimental, alejando a los hombres de ciencia de los vicios escolásticos y de la fe exagerada en el *magister dixit*. A partir de ambas grandes figuras se acepta el no admitir nada como verdadero si no se puede demostrar objetivamente que lo es, se evita la precipitación y el prejuicio subjetivo, se procede de lo más sencillo a lo más complicado, se buscan las relaciones recíprocas entre los fenómenos, se divide cada dificultad en aspectos parciales; en una palabra: el procedimiento indicado en el *Discours de la méthode*.

Impregnados de este espíritu, los antropólogos se diversifican en especialidades. Unos se aplican a las tareas de laboratorio; así, De La Chambre crea el primer Instituto de Antropología y publica en 1660 su *Art de connoistre les hommes*. Otros prefieren la comparación anatómica del hombre con los restantes Primates, iniciada, como ya sabemos, varios siglos antes; es el caso de Belon y de Tyson. Koyter aborda los estudios de crecimiento. Bernier echa los cimientos de las clasificaciones raciales, etc. (Schwidetzky, 1974).

V. EL SIGLO XVIII

La obra raciológica de Bernier se continúa en la de Christoph Meiners, que es, para Von Eickstedt, el auténtico "Begründer der Rassenlehre" (1747-1810). Simultáneamente, en Inglaterra, los estudios craneométricos son ampliamente desarrollados por Charles White (1728-1813). Nuevos pueblos son descritos por viajeros que recorren lejanas tierras; recordemos las expediciones de Bougainville en 1767 y de La Pérouse (1781), entre otras, describiendo este, por primera vez, la existencia de los ainu.

Pero los hechos clave del siglo XVIII para la historia de la Antropología biológica son, a nuestro entender, los dos siguientes. Primero, nuestra ciencia se independiza de la Zoología propiamente dicha, iniciando su actividad específica con las grandes escuelas francesa y alemana encabezadas, respectivamente, por Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), y por Johann Friedrich Blumenbach (1752-1840). Segundo, la Antropología se impregna, como todas las ciencias biológicas de la época, del llamado *espíritu linneano*. Recordemos primero la influencia linneana.

Linneo (1707-1778), por lo que a su actividad antropológica se refiere, se ocupa de la especie humana solo en términos taxonómicos. En 1756 le asigna la denominación sistemática de *Homo sapiens*, que ha persistido hasta nuestros días. Cabe, sin embargo, llegados a este punto, recordar que tal denominación fue cambiada a partir de Linneo por otros eminentes naturalistas, quienes sustituyeron *Homo sapiens* por otras propuestas muchas veces y solo aceptadas por ellos mismos. Así, en la lista de A. Simonetta, citada por Chiarelli (1972), figuran las siguientes alternativas, ordenadas cronológicamente:

1. Bory de Saint-Vincent (1825), incluye como especies dentro del género *Homo*: *H. sinicus*, *H. scythicus*, *H. neptunianus*, *H. patagonus*, *H. melaninus*, *H. japheticus*, *H. indicus*, *H. hyperboreus*, *H. hottentotus*, *H. columbicus*, *H. cafer*, *H. australasiensis*, *H. aethiopicus* y *H. arabicus*.

2. Ernst Haeckel, en su famosa obra *Anthropogenie* (1898), propone: género *Euplocomus*, con las especies *E. mediterraneus*, *E. dravida*, *E. nuba* y *E. australis*; género *Euthycomus*, con las especies *E. mongolus*, *E. malayus*, *E. articus* y *E. australis*; especie *Lophocomus papua*.

3. Giuseppe Sergi (1911) clasifica al hombre en dos géneros: *Eoanthropus* (*E. eurasicus*, *E. orientalis*, *E. subarticus* y *E. articus*) y *Hesperanthropus* (*H. columbi*, *H. patagonicus*, *H. oceanicus* y *H. tasmanianus*).

Las denominaciones de *Homo hodiernus* (Schwalbe, 1902), *Homo brachycephalus* (Wilser, 1903), *Homo perniciosus* (Girault, 1924) y *Homo flatulens* (Hooton, 1939) no han tenido la más mínima aceptación en los medios científicos. Pero tal proliferación de especies, mejor dicho, de nombres específicos, caídos en el olvido también por su inexactitud y por sus connotaciones racistas, desde luego involuntarias, nos señala la persistencia de la denominación propuesta por Linneo. La bien conocida clasificación que el naturalista sueco hizo del orden Primates no puede entretenernos en

este momento. Solo señalaremos la curiosa diagnosis que hizo para cada una de las cuatro subespecies de *Homo sapiens*, aparte de su *H. s. ferus* ("salvajes") y de su *H. s. monstruosus* (esto es, anormales en sentido teratológico). Son estas:

→ "*Homo sapiens europaeus*: son blancos, sanguíneos y musculosos. Pelo rubio y rizado. Ojos azules. Ágiles, sagaces e ingeniosos. Se cubren con vestidos estrechos y se gobiernan mediante leyes".

→ "*Homo sapiens asiaticus*: son de color amarillento. Carácter melancólico y tenaz. Son crueles, fastuosos y avaros. Cabello negro. Ojos oscuros. Se cubren con vestidos anchos y se rigen por opiniones."

→ "*Homo sapiens afer*: son negros y de piel aterciopelada. Nariz aplastada y labios abultados. Cabello ensortijado y negro como el carbón. Sus mujeres presentan un *sinus pudoris* y sus pechos se alargan durante la lactancia. Son astutos, perezosos e indolentes. Se cubren el cuerpo con grasa y se gobiernan por la arbitrariedad."

→ "*Homo sapiens americanus*: piel de color rojizo o cobrizo. Cabello liso, negro y grueso. Cara llena de pecas. Mentón casi imberbe. Son coléricos, tercos, alegres y libres. Se adornan el cuerpo con pinturas y se gobiernan por las costumbres."

Tales diagnosis, conglomerado de rasgos somáticos banales, psicológicos falsos y etnológicos dudosos, contrastan con el carácter minucioso y riguroso que dio a las de otros Mamíferos. Nada de aquellas es aprovechable, y el término *Homo sapiens* ha perdurado por inercia y por la regla de prelación en la sistemática.

En opinión de los antropólogos franceses, Buffon es el fundador de la Antropología en su acepción biológica. Dos de los tomos de su monumental *Histoire naturelle générale et particulière des animaux* se dedican al hombre. Introdujo el término *raza* en Antropología y fue el primero en demostrar que todas las razas humanas pertenecen a la misma especie zoológica. Más importante aún fue su insistencia en afirmar que las variedades humanas solo se pueden caracterizar y definir por un conjunto de caracteres, no por uno solo. Además, mantuvo que las diferencias raciales eran de origen ambiental, climático. Quizá esta idea suya fuera la que le llevó a detenerse, tras la descripción de las razas humanas, antes de ensayar una clasificación de todas las variedades de nuestra especie.

Un colaborador de Buffon, el naturalista Daubenton, se especializó en Craneometría, dando a esta rama sus fundamentos modernos. Hoy se le recuerda, principalmente, por sus trabajos sobre la evolución de la posición del foramen magnum en los Mamíferos y sus contribuciones a la determinación de planos craneales. Otro antropométrico contemporáneo fue Camper, a quien debemos el desarrollo de las normas y proyecciones craneales, pero que asimismo se ocupó de Primatología, investigó la pigmentación de la piel en los negros, y esbozó la Antropología industrial, estudiando la antropometría del pie para aplicarla a la fabricación del calzado. Lamentablemente, los esfuerzos de estos científicos se interpretaron de forma distorsionada y la

Cefalometría, abrumada por su manía de precisión métrica, cayó en manos de intrusos que desvirtuaron su concepto y significado (como alguna otra vez ha ocurrido en la historia de la Antropología con otras de sus ramas), degenerando en manos distintas de las de los antropólogos para convertirse en obras como la *Frenologie* de Gall y la *Physiognomie* de Lavater.

Blumenbach fue una figura sumamente destacada en la Antropología del siglo XVIII, no solo por emplear el término *antropólogo* como sinónimo de biólogo especializado en el estudio del hombre, sino porque su concepto, metodología y propósitos investigadores coinciden, *mutatis mutandis*, con los de los actuales antropólogos. Von Eickstedt dice de él que es el verdadero padre de la Antropología, el "[...] Begründer und Führer der klassischen Anthropologie". Fue un eminente raciólogo, y suya es la celeberrima frase "Es gibt nur eine Gattung in Menschengeschlecht und alle uns bekannte Völker aller Zeiten und aller Himmelstrichte können von einer gemeinschaftlichen Stammrasse abstammen. Alle seine Verschiedenheiten fließen aber durch so mancherlei Abstufungen und Uebergänge so unvermerkt zusammen, dass sich daher auch keine andere, als sehr willkürliche Grenzen zwischen ihnen festsetzen lassen". Destacó igualmente en Osteometría. En Göttingen fundó y dirigió un Laboratorio de Antropología que se convirtió en foco de investigación europea y que perdura en nuestros días, a través de una serie de eminentes sucesores. Con Blumenbach, la Antropología ya no es el mosaico de Zoología, Anatomía, Etnología, Psicología, etc., que había sido hasta entonces, sino que se configura en su verdadero sentido de Historia Natural del Hombre o Biología humana.

VI. EL SIGLO XIX

En 1859 P. Broca funda la primera cátedra de Antropología, en París, y no pocos historiadores aceptan tal fecha como la del inicio de la Antropología científica. Durante el resto del siglo XIX la Antropología va a recibir el influjo de la filosofía racista y de la teoría de la evolución.

La visión de Gobineau acerca de las diferencias raciales no duda, como antes lo hiciera Linneo, en incluir como caracteres distintivos de los grupos humanos los rasgos psicológicos y etnológicos. El título provocador de su obra anuncia ya sus principales conclusiones. Ni Gobineau era antropólogo, ni su libro es un tratado de Raciología ni sus seguidores tenían formación biológica, y es por todo ello seguramente por lo que la difusión del *Essai sur l'inégalité des races humaines* fue amplísima entre el público no científico, mientras que su impacto en los medios antropológicos fue escaso. Su inmediato secuaz, Chamberlain (*Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts*, 1899), llega a más, puesto que enfoca su "raciología" prescindiendo deliberadamente de los caracteres somatoscópicos y somatométricos para clasificar (?) sus grupos raciales; son los rasgos psicológicos, intelectuales y morales los definitorios de las razas humanas. Por su lado, Vacher de Lapouge emplea una mezcla explosiva de caracteres biológicos y culturales para crear sus "leyes de Antroposociología". Veamos, a título de ejemplo, cómo su

diagnosia del *Homo alpinus* presenta curiosas resonancias linneanas: "Es de estatura baja, piel morena, cara redonda y cabeza braquicéfala. Amante de la tradición, trabaja con lentitud, es católico, le gusta la mediocridad y teme al progreso. No le gusta destacar y es, políticamente, el esclavo perfecto". Las "leyes antroposociológicas" de Vacher de Lapouge, expuestas en tres libros, son principalmente la "ley de la concentración urbana de los dolicocefalos" y la "ley de la estratificación social", que ha comentado con acierto recientemente F. de Fontette (1975). El alud racista, siempre empujado por nobiólogos, culminó en *Der Mythos des zwanzigsten Jahrhunderts* (Rosenberg, 1930).

Más que la Política, la Economía, la Sociología, el Arte o la Historia, la Antropología queda fuerte y permanentemente influida por el pensamiento evolucionista. No es esta la ocasión de remontarse a las controversias sobre el fijismo de las especies ni al inicio del pensamiento transformista ni a los antecedentes (Buffon, Erasmus, Darwin, etc.) de la teoría de la evolución. Comentaremos someramente tres de las figuras que con mayor vigor condicionaron la Antropología como paradigma de ciencia evolucionista: Lamarck, Darwin y Wallace.

Lamarck nunca fue antropólogo en el sentido estricto y actual del término, pero jamás desligó completamente al hombre de sus preocupaciones biológicas. En el último capítulo de su *Philosophie zoologique* (1809) clasifica las variedades de la especie humana en seis categorías (Caucásico, Hiperbóreo, Mongol, Americano, Malayo y Etiópico) ni con mejor ni con peor criterio que lo hacían sus colegas antropólogos. Para Lamarck, el hombre constituye por sí solo un orden dentro de los Mamíferos, el orden Bimanos, que derivó del orden Cuadrumanos. Derivó es el término clave para Lamarck, quien, sin embargo, dice admitir un acto especial de "creación" para nuestra especie. ¿Fue sincero este tenaz defensor de la evolución en los restantes seres vivos, o creyó prudente separar al hombre a este respecto de los otros animales por las circunstancias de la época en que publicó su obra?

Darwin (12-II-1809 - 19-IV-1882) nace el año de la publicación de la *Philosophie zoologique*. Algunos de los conceptos que fundamentan su teoría de la evolución por selección natural fueron inspirados por la lectura de la obra clásica de Malthus, entre ellos el de "lucha por la existencia" y el de "supervivencia del mejor adaptado". Por supuesto, no se va a tratar aquí ni de la biografía ni del aporte de Darwin a la Antropología. Bien hace ambas tareas el reciente libro de Chancellor (1973). Si queremos recalcar una vez más que la Antropología biológica progresó en pocos años gracias a la aplicación a los grupos humanos de los principios darwinianos más que durante todos los siglos precedentes, y no ha conocido en su historia un empleo más fértil de una teoría a su campo de estudio, con la excepción de las reglas de la herencia. Bastante curiosamente, Darwin no menciona la palabra *evolución* en su *Origin of species* (la 1.ª edición, sacada a la luz el 24 de noviembre de 1859, compuesta por 1250 ejemplares, se agota ese mismo día, lo que parece apoyar la frase de Lasker, para el que "el darwinismo era anterior a Darwin"). Tal término lo emplea por primera vez Darwin en su obra *The descent of Man* (1871).

En el año 1982 se cumplió un siglo de la muerte del insigne Darwin. Para ser justos hemos, sin embargo, de recordar que la aplicación de su teoría selectiva al hombre estuvo precedida por los trabajos de Huxley (1863) sobre *The evidence as to Man's place in Nature*, en que gracias a numerosas comparaciones anatómicas determina las relaciones biológicas entre los grupos humanos y los restantes Anthropeida. Más importante aún es recordar —igualmente sin el menor desdoro para el gran Darwin— que en 1864 Wallace había publicado un trabajo clave en la *Anthropological Review* bajo el significativo título de "The origin of human races and the antiquity of Man deduced from the theory of natural selection". En él sostiene que el hombre no constituye ninguna excepción a las leyes evolutivas y es resultado de la selección natural como cualquier otro animal (Valls, 1983). La publicación de tales conclusiones en una revista exclusivamente científica no tuvo, por supuesto, las "escandalosas" consecuencias que habría tenido de hacerse en un órgano de gran difusión, o en un libro como ocurrió con *The descent of Man*.

Tampoco Alfred R. Wallace (1823-1913) fue un antropólogo profesional, sino un clásico naturalista que se ocupa de Biogeografía (recordemos la "línea de Wallace" entre Borneo-Célebes y Bali-Lombok, que separa dos claras regiones biogeográficas) y de Entomología (recoge en Indonesia más de 150 000 ejemplares de insectos, muchos de ellos especies nuevas). Fue igualmente influido por la lectura del libro de Malthus *An essay on the principle of population* y por la citada obra de T. H. Huxley. Además de su artículo acabado de citar, debe la Antropología a Wallace su *The limits of natural selection in Man*, publicado inmediatamente antes que el libro de Darwin, es decir, en 1870. En tal estudio, Wallace afirma que la selección natural por sí sola no puede explicar la evolución humana. Para él, en particular el cerebro y el comportamiento humanos escapan a tal acción directa, que se manifiesta tan claramente en la adquisición del bipedalismo y consiguiente liberación de la mano que deviene un artefacto cultural más que una extremidad orgánica. Asimismo se muestra convencido de que el hombre y los restantes antropomorfos descienden de una forma ancestral común. La lectura de esta monografía es aún hoy provechosa. Esperemos que con motivo de la conmemoración mencionada este trabajo de Wallace y el libro de Darwin lleguen a ser más leídos que citados, y no lo contrario como ahora ocurre (Eiseley, 1959).

Un tercer "genio victoriano" que influyó intensamente en la Antropología fue Francis Galton (1827-1915). La reciente biografía de Forrest (1974) debe consultarse obligatoriamente por todo historiador de la Antropología, puesto que de ella se infiere que Galton ha tenido en nuestra ciencia una importante participación cuyas consecuencias aún palpamos en muchos campos de ella. Desde luego, fue un genio precoz; su I.Q. a los cuatro años era 200, lo que no debe extrañarnos, puesto que su madre era una Darwin.

Fue el primero en estudiar el crecimiento en poblaciones humanas de forma comparativa entre los medios rural y urbano. Fue uno de los antropólogos que más pronto tipificaron las escalas para la determinación de la pigmentación del iris (mediante ojos de vidrio coloreados) y de la piel (mediante placas yuxtapuestas de diversos tonos). Se ocupó de la determinación de la visión cromáti-

ca, perfeccionó numerosos instrumentos de Antropometría, fundó el famoso Laboratorio de Antropometría de la Universidad de Londres, donde igualmente dotó una cátedra de Eugenesia (que hoy se llama el Galton Laboratory en su honor). Otros temas de investigación fueron la longevidad, la proporción de sexos, etc., hasta un total de doscientos trabajos sobre Antropología y Antropogenética. Con motivo de la Exposición Internacional de Sanidad de South Kensington, en 1884, empleó sus instrumentos antropométricos para tomar mediciones en más de diez mil personas. Numerosos aspectos de la Gemelología y de la herencia de caracteres humanos normales fueron publicados por Galton en el *Journal of the Royal Anthropological Institute*. Por ejemplo, introduce el análisis de regresión para estudiar la herencia de las huellas dactilares observadas en padres e hijos. En 1982 publicó su *Fingerprints*, en que comienza analizando más de dos mil quinientas huellas de dedos pulgares; estableció los trirradios y definió rigurosamente las figuras dermatoglíficas elementales, a la vez que indicaba su valor para la identificación individual; estudió su variabilidad racial mediante muestras de ingleses, vascos, negros, etc., y propuso varias fórmulas para facilitar estas investigaciones. Fue un verdadero "especialista de todas las ramas" de la Antropología. Su interpretación de las reglas de herencia fue, no obstante, desafortunada, pues mantuvo la "teoría de las mezclas". Para Wiener (1979), la Antropología pasó por una fase "huxleyana" preocupada por la descripción de los productos actuales de la variación evolutiva humana, pero incapaz de conocer el posible significado selectivo y adaptativo de las diferencias raciales que observaba, careciendo del método genético. A pesar de ello, se comienzan durante esta fase, anterior a los años 50, a analizar las relaciones entre morfología y factores climáticos, poniendo los cimientos de la Antropología ecológica. Se seguía, sin embargo, pensando que la Raciología era el principal objeto de la investigación antropológica y no una de sus partes subordinadas. Por otra parte, la craneología (que aún hoy conserva sus fanáticos) parecía representar el único objetivo de los análisis biométricos en el hombre.

Tras la segunda guerra mundial se empiezan a abandonar los estudios craneológicos substituyéndolos por nuevas vías metodológicas, proyectos, construcción de modelos y trabajo experimental. Aparecen las nuevas preocupaciones esenciales que definen la Antropología actual: el análisis antropogenético, el ecológico y el etológico. Con ellos se eliminan en gran parte los elementos de imprecisión (Antropometría) y de subjetivismo (Morfología) de la Antropología "huxleyana"; lo que separa esta "vieja" Antropología de la actual no es tanto el hecho de la variabilidad estudiada, sino la forma de abordar su significado.

La dimensión ecológica de los grupos humanos se contempla hoy integrando el estudio de la adaptación y de la selección con el genético. Hoy se preocupa también la Antropología del análisis de las características de supervivencia de los grupos humanos, de sus respuestas ambientales, de su adaptabilidad, y abandona las descripciones y medidas en el vivo que solo tienen interés en un contexto adaptativo.

Por su parte, la vía etológica, multidisciplinaria e interdisciplinaria, se desarrolla en nuestros días bajo límites indefinibles todavía. Tiene sus raíces en la

interacción de la estructura y función biológica de un grupo humano con sus estructuras y función social. Ambiciona conocer todos aquellos fenómenos que relacionan el alelotipo de una comunidad humana con su adaptabilidad (tamaño de la población, sistemas de cruzamiento, control de la fertilidad, fisión y fusión de grupos, migración, barreras al flujo alélico, etc.). Si la variable dependiente del estudio la constituyen los atributos biológicos, dice Wiener (1979), la trama operativa es más fácil de estudiar por el antropólogo que si las variables independientes son las respuestas cultural-ambientales; es decir, el efecto de los factores socioculturales sobre la estructura y la función biológicas de un grupo humano se puede abordar mejor que el efecto de los factores biológicos sobre el comportamiento. Son problemas que caen de lleno en la problemática sociobiológica de la Antropología actual; pensemos en problemas tales como la biología del stress, la biología de la inteligencia, la biología de la agresividad, la biología del racismo, la biología de la territorialidad, etc.

Los estudios de Antropología en España tienen como precedentes inmediatos los de González Velasco (1815-1882), que fue discípulo de Broca en París; Antón Ferrándiz, fundador del Laboratorio de Antropología del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, y el craneólogo Olóriz y T. de Aranzadi, que inició la Antropología en Barcelona. También hay que citar la constitución de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria el año 1875 (Verde, 1980). Interesante información sobre la Antropología en nuestro país a finales del siglo XIX y comienzos del actual se encuentra en los artículos de Hoyos Sainz y Alcobé que se citan en la siguiente bibliografía sucinta.

REFERENCIAS

- ALCOBÉ, S. 1949: "Telesforo de Aranzadi y Unamuno; nota biográfica", en *Trab. Inst. Bern. Sahag.*, 7: 9-18.
- BIASUTTI, R. 1959: "Origine e sviluppo delle Scienze antropologiche", en *Le razze e i popoli della Terra*, vol. I: 3-34.
- COMAS, J. 1976: "Antecedentes históricos. Orígenes y evolución del hombre", en *Manual de Antropología física*, 19-103.
- CHANCELLOR, J. 1973: *Charles Darwin*, 231 pp.
- CHIARELLI, A. B. 1972: *Taxonomic Atlas of living Primates*, 363 pp.
- EICKSTEDT, E. F. VON. 1937: "Die Geschichte der Forschung am Menschen", en *Rassenkunde und Rassengeschichte der Menschheit*: 189 y ss.
- EISELEY, L. 1959: "Alfred Russel Wallace", en *Scient. Amer.*, 200: 70-84.
- FONTETTE, F. de. 1975: *Le racisme*, 122 pp.
- FORREST, D. W. 1974: *Francis Galton: the life and work of a Victorian genius*, 340 páginas.
- HADDON, A. C. 1934: *History of Anthropology*, 146 pp.
- HOYOS SAINZ, L. 1912: "Notas para la historia de las ciencias antropológicas en España", en *Asoc. Esp. Prog. Cienc., Congr. Granada*, tomo V.
- MÜHLMANN, W. E. 1948: *Geschichte der Anthropologie*.
- PENNIMAN, T. K. 1935: *A hundred years of Anthropology*.
- SCHWIDETZKY, I. 1974: "Geschichte der Rassenklassifikationen", en *Grundlagen der Rassensystematik*, 29-52.